

Parece cosa del destino

Textos del laboratorio de escritura anual
2021-2023



CASA ÍNDIGO

Este fanzine recopila los textos trabajados durante el laboratorio anual de escritura de Casa Índigo durante los cursos 2021/23.

Todos los derechos pertenecen a sus respectivas autoras

Edición liberada para compartir en la red

@casaindigo__

www.casaindigo.es

hola@casaindigo.es

Laura Sanz Corada	2
Sara Campos Jiménez	19
Belén Martín-Ambrosio	35
Verònica Sáez Moragues	53
Francisca Mujica	70
Begoña Romero	86
Mariola Merino	98
Candela Marco	115
Conchi Salas	133
Delfina Rabán	149
Paulina Vega	159
María Leyva	177
Eva Manzano	180
Isabel Calvo Flores	201
Arisbeth Márquez	215
Alejandra Robles	232
Alborada Garrido Coccoluto	247
Marta Gómez de la Vega	257
Gabriela Sánchez Ruiz de la Cuesta	276
Alicia Petrashova	283
María del Consuelo Ávila Vaugier	303
Mónica Sánchez Florencia	320
Raquel Laniado	334
Nianest Alers	342
Magda-Lena Staniewicz	353

Raquel Laniado
sin título

Sí

Cerraron el camión de la mudanza y fingí que había olvidado algo: regresé por las escaleras por enésima vez para guardar la imagen del espacio tan imperfecto y vacío; la misma imagen sobre la cual se sostuvo tres años antes esa certeza cruda, una sensación rotunda y entonces nueva: «es aquí».

Las paredes de ese primer departamento que renté sola eran cálidas y las besaba cada vez que llegaba. Estaban en el segundo piso de un edificio de los setenta en la colonia Juárez que quedaba a unos cuarenta minutos de casa de mis padres hacia el centro de la ciudad.

Me mudé allí solo con la recámara de la infancia que mi madre mandó a retapizar y barnizar con un estilo más “adulto” justo antes de salirme de su casa con la esperanza de que cambiara de opinión; el mueble de bambú arqueado con estantes de vidrio que me ha acompañado desde siempre (fue juguetero, aparador de CDs en mi adolescencia y ahora es el librero); un sillón de piel café prestado y un par de sillas plegadizas, también prestadas.

En pocas semanas equipé el pequeño departamento con grandes electrodomésticos: un refrigerador que parecía estar hecho a la medida del espacio en la cocina, justo abajo de la repisa del horno microondas; la lavasecadora que logré comprar con muchos ahorros y después de un minucioso estudio de mercado; y

muebles como el comedor, otros sillones y un escritorio que conseguí de segundo uso; vajillas, libros y plantas, muchas plantas.

Durante las tres semanas que tardé en empacar quise regalar todo, categorizarlo, atesorarlo, aventarlo en una caja. Esa pila de pertenencias con las que habitué y habité mi espacio comenzó a estorbarme.

Me despedí del departamento desnudo dejando lágrimas en el piso de parquet y otras más en la banqueta: lloré con la casera, con la vecina aunque a veces fingiera prisa para evitar sus interrogatorios, y con mi amigo el de la basura aunque no supiera su nombre.

Ciruela y yo llegamos unas horas antes que los mudanceros a la casa vacía en el Valle de Atongo, casi al pie del cerro, en Tepoztlán. Después de treinta y cinco años de ser animal de ciudad tuve la pulsión de salir. Estuve tocando las paredes ardientes de la casa por horas, abrí y cerré las cortinas, bordeé con la mirada la silueta de la montaña y recorrí el jardín junto con Ciruela, que examinaba con su nariz cada rincón.

Haberme mudado a un pueblo bajo la montaña fue el primer sí que me concedí con todo el cuerpo porque las razones que elaboré durante casi un año no me fueron suficientes. No supe responder a la interpelación de un lugar más que situándome en él.

Boca entreabierta

Sus faldas son más bien de ángulo recto. Hendiduras pronunciadas quiebran el paisaje. Una suerte de pared viva de estatura suficiente para detallar su contorno con la nitidez de una vista cansada y advertir los bultos de roca que lo delinear: cerros sobre el cerro. Los zopilotes orbitan sus cimas vigilantes; vuelan y vuelven a la espera de una muerte, a la espera de una oportunidad.

No seré capaz de dimensionar la vida que albergan esos pliegues, todo lo que crece allí donde no se da (a) luz. Encontrar en el valle un hilo, una herida en la *no-palabra*; el surco donde todo cabe. Escribo sobre la escritura para orbitar las palabras a la espera de un silencio. Escindo.

En el mapa los tonos sombreados registran las superficies más elevadas. Leo una *te* minúscula: la sierra en vertical y Tepoztlán en el travesaño; un estrecho pueblo acogido entre montañas que recalcan su cambio de dirección para romper el curso de la cadena. Se alinean como labios de una boca entreabierta que guarda silencios y rezos.

Hay lugares que se sienten en el cuerpo como una chispa lenta: al adentrarse en el pueblo entra al pecho el instante congelado de un grito. El paisaje escarpado, imagen de un estruendo fijo, después de un tiempo se ablanda. El tiempo, en cambio, se condensa. La oscuridad también, mas no el silencio: el silencio

resplandece y germina. No seré capaz de nombrar la vida que acontece, la vida que nace entre cerros.

Sed o ser

Soy camino áspero de tierra entorpecida. Entumecida siembro un pie y luego el otro. Uno y otro. Mirada en diagonal al suelo. El peso cambia en cada paso, cada paso espeso, y espero —anhelo— que algo de mí germine; que algo en mí germine.

Mirada en línea recta hacia abajo. En el olor a suelo que sale o pasa por mi vientre encuentro piedras y caracoles secos. No sé si de mi pecho emanaría sangre, miel o leche rancia: tuerzo la lengua, ahueco el vientre, sacudo los hombros y nada. Duele dulce el miedo al olvido.

Un espiral que me suena a agua y a viento diluye el silencio entre mis pasos toscos. «Si sigues caminando llegarás al río. Sigue caminando y llegarás». ¿Por qué no mejor sudo un río, orino un río, escupo un río? Sed o ser el agua.

Crece hierbas pálidas del suelo, crece descaminadas y se enredan. ¿Habré nacido con las piernas trenzadas? Miro el cielo sin dejar de avanzar. Mi nariz abandona el pecho, recoge el amargor de la tierra. El sol me traspasa y los párpados escurren la mirada hacia dentro. Si

exprimiera mi cuerpo y mi lengua, si me vertiera toda en este camino seco, ¿quién advertiría si algo brota?

Efecto residual

Hace apenas veinte días terminó el retiro y mi cabeza aún se sostiene como diente de león, una capa de antenas atraviesa mi piel y mis pies se afirman robustos sobre la tierra. No es que ande descalza por todos lados: el jardín, además de espinas, está lleno de hormigueros y caca de gallina. Me refiero a que habito el presente más que (en) ningún otro tiempo.

En mis últimas conversaciones con L. y con J. atribuí este nuevo estado a las ciento diez horas de práctica meditativa que viví durante diez días en el retiro de meditación y silencio en pleno invierno, a la mitad del bosque y libre de distracciones. Cuando le hablé de lo bien que me sentía, L. me devolvió en su *voice note* una frase que más tarde asocié con su vocación —especialista en adicciones—: «es el efecto residual, supongo». En su mente mi experiencia se ilustraba como una sustancia paliativa de la que se había llenado mi cuerpo y que luego, conforme a mi inevitable exposición a las pantallas y la nimia interacción humana que sostengo en este pueblo, se iría vaciando hasta agotarse.

La vacuidad también explica lo que había experimentado como una especie de depuración, desalojo o liberación de rencores marchitos, deseos agonizantes que aún palpitaban, duelos ya bien muertos, secretos olvidados por la maña de su escondite y todo lo que para desaparecer debe hacerse presente como los actores que, una vez terminada la función, vuelven a abrir el telón y piden ovaciones por última vez. Otra más frente a la cortina cerrada. Una última. Y otra. Nódulos que se fueron acochambrando allí donde ni la escoba, ni la brujería ni la terapia alcanzan a limpiar.

Y aun después de esa descamada interna me siento llena de la sensación de *ser-sin-todo-eso*; no desbordada sino precisamente completa, justo en la medida en que soy capaz de contener esa y cualquier otra sensación. Ni más ni menos.

Al reverso de la calma, reparo en la caricatura que soy: un personaje de trazos torpes que se apresura de un lado a otro a voluntad de eso que vive en su pecho. Arrastrado pero a la buena, como el pañuelo que se sacude completo cuando se tira de una de sus puntas, todo mi cuerpo obedece el capricho de un hilo: un movimiento corto pero abrupto, por ejemplo, hacia la recámara desocupada para ver cómo entra la última luz a las seis y cuarto, de vuelta al estudio para doblar las sábanas recién lavadas, salir al jardín para mirar hacia la copa calva de la ceiba y contemplar los algodones que cuelgan de sus ramas como nubes postizas frente a la montaña. Salir para eso.

Mi corazón dicta «hazle rayones nuevos al boceto», me dice «canta esa canción otra vez». Abrazo al perro del vecino cuando se escapa de su casa, preparo una sopa de chayote con semillas de girasol, pongo almendras a tostar y guardo su olor, guardo también el agua sucia para llevarla al pie del árbol de lima durante las secas, y un poco más para la base de la enredadera. Esos imperativos atiende: «Sal a ver si ya oscurecieron las moras». Me como unas cuantas con el permiso de la celosa zarza y confundo su jugo con la sangre de mis dedos, pongo la frente bajo el sol y voy calcando el tejido enardecido de mis párpados. Movimientos contundentes pero lentos y dispares que me desprenden —sin apagar— y me disponen —sin quitar— en aquello que anhelaba sin saber: una alegría simple.